



Las guerras de religión

Las consecuencias inmediatas del cisma protestante tenían que ser necesariamente las guerras de religión. Los protestantes no podían admitir como inspirados por el Espíritu Santo los cánones o decretos del concilio de Trento, al que ellos no habían asistido; y los soberanos católicos, una vez afirmado el dogma y fijado el ritual por la Iglesia reunida en concilio reputado por ellos como universal o ecuménico, tenían que imponerlos a la fuerza para la salvación de sus almas y las de sus súbditos.

Alemania, cuna de la Reforma, fue, de todos los países protestantes, el que sufrió menos estas primeras violencias. Ya hemos dicho que Lutero se mantuvo ortodoxo en el punto más espinoso, o sea el de la transubstanciación del pan y el vino en cuerpo y en sangre de Cristo. En extremos que creían de

pura disciplina, como el matrimonio de los eclesiásticos, la comunión de los laicos en las dos especies y hasta la obediencia debida a la cabeza de la Iglesia, que era el papa, Lutero y, sobre todo, Melanchthon tuvieron siempre esperanzas de llegar a un acuerdo con los católicos.

Por otra parte, el carácter imperial de la soberanía de Carlos V le obligaba a reconstruir la unidad religiosa de Alemania, mientras los príncipes protestantes reclamaban el privilegio de proceder libremente en sus dominios, y si algunos mostraban empeño en convertir a los demás, era para tener mayoría en la Dieta y en el cuerpo de electores que elegía al emperador. Las querellas entre protestantes y católicos en Alemania, después de la muerte de Lutero, casi no pueden calificarse de guerras de religión; fueron una serie de

Tercios españoles en lucha contra los holandeses (tapiz con una de las campañas del archiduque Alberto; Palacio Real, Madrid). En las guerras desencadenadas en los Países Bajos, en las que se entremezclaron motivos religiosos, políticos y económicos, la lucha, librada entre canales, marismas y terrenos anegados, fue durísima para ambas partes.



Dieta de Augsburgo de 1530 (según grabado del siglo XVII conservado en la Biblioteca Nacional de París). Carlos V, que acababa de vencer a Francia, creyó poder reprimir el proceso reformista reuniendo en una Dieta a católicos y protestantes. Melanchthon redactó para ella la "Confessio Augustana". No fue posible llegar a ningún acuerdo y la Dieta decretó la puesta en vigor de los decretos aprobados en la de Worms.

penosas jugadas de política local en las que se sacrificaron, sin saber por qué, las vidas de algunos centenares de vasallos.

Las miserables alternativas de pujanza y decaimiento de los protestantes en Alemania contrastaban con los proyectos fantásticos del emperador. El sueño de Carlos V, durante los años que van del 1545 al 1552, fue que convencería a los luteranos de que debían reintegrarse al catolicismo, y convencería también al papa de la necesidad de reformar

la Iglesia. Después de haber purificado y vuelto a unir la cristiandad, reconquistaría a Bizancio y todo el Oriente y se haría coronar otra vez emperador por el sumo pontífice en Jerusalén. Estos proyectos caballerescos eran contrariados por la rebeldía contumaz de los protestantes alemanes y por la mezquindad del papado, que protestaba en cuanto se le hablaba de corregirse.

Reduciendo a un esquema muy simple la lucha entre Carlos V y los reformados alemanes, podemos establecer el siguiente proceso, para el que hay que tener en cuenta que el emperador sólo pudo dedicar a Alemania los breves respiros que le dejaban sus guerras en Europa:

Primera Dieta de Espira (1526), en la que el emperador quiso que se aplicaran las conclusiones de la de Worms. El resultado fue que se acordó que cada estado, para aplicarlas, sólo debería atenerse a su responsabilidad ante Dios y el emperador.

Segunda Dieta de Espira (1529). En ella se aprobó, con mayoría católica, que no se introducirían innovaciones en los estados que hubieran aplicado los edictos de Worms y que el culto católico debería mantenerse en los estados evangélicos. Estos *protestaron* de tal acuerdo, y de ahí recibieron el nombre de *protestantes*.

Primera Dieta de Augsburgo (1530), en la que Carlos V, en el punto culminante de su poderío creyó estar en disposición de reinstaurar la unidad religiosa alemana con un sentido erasmista de la transigencia. Se invitó a los protestantes, y Melanchthon redactó para esta Dieta la *Confessio Augustana*, en la que "disimulaba" las diferencias entre el luteranismo y el catolicismo. No hubo avenencia y el emperador restableció los edictos de Worms.

Liga de Esmalcalda (1531-1547), formada por los protestantes que se sintieron amenazados, capitaneada por Juan Federico de Sajonia y el landgrave de Hesse. Estableció alianzas con los enemigos del emperador y consiguió que otros estados del Imperio se adhirieran a ella. Su crédito disminuyó mucho a partir de 1540.

Batalla de Mühlberg (1547), en la que Carlos V deshizo la liga de Esmalcalda y cogió prisionero a Juan Federico de Sajonia; el landgrave de Hesse se entregó poco después.

Segunda Dieta de Augsburgo (1547-1548). En ella el emperador pudo imponer a protestantes y católicos una transacción que se llamó el *Interim*.

El *Interim* permitía el matrimonio de los clérigos, la comunión con pan y vino por los laicos y una interpretación amplia de la doctrina de la salvación por la fe y no por las obras. En cambio, conservaba los siete sacra-



mentos, el culto de la Virgen y los santos, las procesiones y la práctica de ayunos y, sobre todo, el espinoso dogma de la transubstanciación. De momento, este acuerdo provisional no contentó a nadie.

Tratado de Passau (1552). Los protestantes, inducidos, después del *Interim*, por Mauricio de Sajonia, se aliaron con Enrique II de Francia, a quien entregaban Cambray, Toul, Verdún y Metz. El emperador, ante el ataque de Mauricio de Sajonia, tuvo que huir velozmente de Innsbrück y firmar el tratado de Passau, por el que los protestantes obtenían la libertad del landgrave de Hesse, amnistía para los adheridos a la liga de Esmalcalda, el usufructo de los bienes secularizados, etcétera, y la seguridad de obtener una paz religiosa sin esperar la decisión de un concilio ecuménico.

Tercera Dieta de Augsburgo (1555). En ella se firmó la *paz religiosa de Augsburgo*, que concedió a los luteranos casi todo aquello por lo que estaban luchando ya hacía tantos años. A partir de ella, los habitantes de un territorio deberían adoptar la religión de su príncipe o emigrar (*cujus regio, ejus religio*).

En realidad, esto era el reconocimiento del fracaso de la política de Carlos V.

Pronto el emperador, sifilitico y gotoso, traspasó de hecho los asuntos alemanes a su hermano Fernando y se preparó para retirarse a acabar sus días al monasterio de Yuste.



Juan Federico, duque y elector de Sajonia (grabado de G. Bouttats; Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Los príncipes reformados, sintiéndose amenazados por los resultados de la Dieta de Augsburgo, se unieron en la Liga de Esmalcalda, capitaneada por Juan Federico y el landgrave de Hesse.

El nuevo emperador Fernando y su hijo y sucesor Maximiliano II tenían más paciencia para tratar con los protestantes. Hubo otra vez ligas y movilización por ambas partes. Los nobles alemanes pudieron preparar sus maniobras y vestir sus arreos militares, pero no llegaron a combatirse seriamente. En realidad, en Alemania la gente se sentía fatigada por tantas disputas teológicas, que eran comprendidas sólo a medias, y hasta

Lectura, ante Carlos V, de la Confesión de Augsburgo, presentada ante la Dieta reunida en esta ciudad en 1530. Es el símbolo de la fe luterana y fue redactada por Melanchthon. No tuvo fuerza legal hasta la paz de Augsburgo, firmada entre Fernando I y los príncipes alemanes protestantes. (Grabado de la Biblioteca Nacional de París.)



Carlos V en la batalla de Mühlberg, por Tiziano (Museo del Prado, Madrid). En paz con Francia y tras haber rechazado a los turcos en Viena, Carlos V se aprestó a luchar contra los miembros de la Liga de Esmalcalda, a los que derrotó en Mühlberg; en esta acción hizo prisionero al elector de Sajonia, Juan Federico.



Rendición del landgrave de Hesse, según detalle de un grabado de M. van Heemskerck (Biblioteca Nacional, Madrid). Poco después de la batalla de Mühlberg, el landgrave de Hesse, otro de los principales caudillos de la Liga de Esmalcalda, se entregó al emperador, quien le retuvo prisionero hasta el tratado de Passau.



veía con cierta satisfacción que habían cesado los abusos en la percepción de diezmos y la predicación de indulgencias.

Del mismo modo que había renunciado Carlos V a su categoría imperial en Alemania, se despojó en Bruselas de sus títulos del ducado de Borgoña y territorios agregados. La ceremonia se celebró en el gran salón del palacio de Bruselas, el viernes 25 de octubre de 1555. Carlos, que al dejar el Imperio lo había hecho solemnemente en una ceremonia llena de majestad y decoro, en Bruselas, donde se sentía en su propia casa, perdió la serenidad y habló con lágrimas en los ojos. La voz se le apagó antes de que pudiera terminar la lectura de una especie de justificación de sus actos que traía preparada. La emoción del poderoso monarca que desaparecía de la escena del mundo contrastó con la flemá y silencio de su hijo. Felipe II había venido de Londres, donde era príncipe consorte de la reina María. Al discurso solemne de su padre, en flamenco, contestó con cuatro

palabras en francés, y el obispo de Arrás tuvo que acabar de hablar en nombre de su señor. Felipe II permaneció cuatro años en los Países Bajos, durante los cuales otra persona hubiera acaso aprendido que la clase de súbditos que tenía en aquellas tierras requería un gobierno muy especial. Al partir dejó como regente a su hermana Margarita de Parma, hija natural de Carlos V, que había nacido en Flandes y hablaba la lengua del país. Era de temperamento más bien masculino. La habían casado a los doce años con un Médicis, que murió en seguida, y después de permanecer viuda ocho años, contrajo matrimonio con Octavio Farnesio, casi un niño, que era sobrino del papa. Margarita, al empezar su regencia en los Países Bajos, se había separado de su marido, y a los treinta y siete años de edad era una mujer de gran experiencia.

Felipe II, durante los años que permaneció en Flandes, había continuado la política de su padre, tratando de ahogar al protestantismo con medidas represivas; éstas se publicaban por medio de hojas impresas, que, fijadas en las esquinas, hicieron fatídico el nombre de *placards*. He aquí algunos de los edictos que los habitantes de los Países Bajos pudieron leer en los *placards* redactados con la intención de extinguir "la peste luterana". Se castigaba con pena de muerte por la espada, fuego o enterramiento en vida a los que vendieran, leyeran, copiaran o recitaran libros protestantes. Iguales castigos sufrirían los que profanaran o destruyeran imágenes de la Virgen y los santos, los que se reunieran en conventículos secretos o discutieran sobre textos de las Sagradas Escrituras. Los bienes que poseían los acusados generalmente se confiscaban y la mitad de ellos era para los delatores. Los que intercedían en favor de los condenados se presumía que eran culpables de los mismos delitos y sufrían algunas veces igual suerte que aquéllos.

Algunas de estas disposiciones se remontaban ya al tiempo de Carlos V; pero los protestantes han hecho notar que, mientras el emperador perseguía a los herejes impulsado por una idea política, casi patriótica, de unificar el estado, su hijo Felipe II lo hacía por pura fidelidad a la Iglesia de Roma. Además, en el año 1550 el emperador había introducido la Inquisición, y aunque en principio era para que los herejes no sufrieran atropellos de las autoridades civiles demasiado celosas, al empezar a funcionar, ya en tiempo de Felipe, se observó que la Inquisición era un instrumento servil de la Iglesia. Pero tampoco puede olvidarse que en su alocución de despedida, en Bruselas, el emperador había aconsejado a su hijo que

no cesara en las medidas represivas. Ambos fueron, pues, responsables de la política de la regente en los Países Bajos.

Felipe II nombró un consejo de estado para que ayudase a la regente en el gobierno. Estaba formado de cinco miembros, todos católicos, pero dos eran por naturaleza tolerantes y enemigos de los *placards*, el conde de Egmont y el príncipe de Orange. Los otros

Armadura del emperador Carlos V (Armería Real, Madrid).





Sala de las Batallas en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, donde están representadas acciones del emperador contra los protestantes alemanes.

tres eran decididos partidarios de la represión. No había, pues, manera de entenderse, hasta que los que estaban en minoría dejaron de asistir a las sesiones del consejo. Los irreconciliables eran el tesorero, barón de Barleymont; el presidente Aytta, abogado malicioso, pequeñito, de ojos verdes vidriosos y cara redonda, con barba dorada, y, por fin, el obispo de Arrás, más conocido con el nombre de cardenal Granvela, que se creía que era el inspirador de los excesos a que se entregó el gobierno durante la regencia de Margarita de Parma. Recientemente se ha

disculpado al cardenal Granvela. Los documentos del archivo de Simancas y la correspondencia personal de Granvela con Felipe II prueban que el verdadero director y responsable de la política de represión era el propio rey de España.

Pero, en fin, rey, regente y consejo continuaron la política de los *placards*, y para aplicarlos hacían falta tropas, cuya paga pesaba sobre el fisco. Las gentes estaban indignadas por tener que alojar a los soldados de Italia y Alemania, gente de baja extracción que cometía toda clase de desmanes. Imagínese la intolerable carga que debían de ser las guarniciones de los tercios en un país tan pacífico por naturaleza como Flandes y Holanda. Los pescadores de Zelanda rehusaron reparar los diques, diciendo que preferían morir ahogados a soportar por más tiempo los ultrajes de los mercenarios.

Poco a poco, los dos miembros del consejo que eran opuestos a la represión se encontraron, sin quererlo, jefes de un partido antagónico al de Granvela. La impopularidad del cardenal llegó a ser tan enojosa, que hasta Felipe II consintió en pedir a Granvela que abandonara su cargo; pero las gentes de Flandes pronto se dieron cuenta de que sus males no venían de Granvela únicamente, porque la renuncia de éste fue seguida de un despacho de Felipe en que ordenaba sin ambages la proclamación de los decretos del concilio de Trento. Los nobles, aun los que no eran luteranos ni calvinistas, protestaron enérgicamente, por cuanto tales decretos



Margarita de Parma (por Antonio Moro; Galería Dahlen, Berlín), la hija natural de Carlos V a quien Felipe II dejó como regente de los Países Bajos.

venían a restringir sobre manera sus libertades tradicionales. El príncipe de Orange, que más que católico era indiferente, escribía a la regente que lo que más lamentaba era *"l'entretien du Concile de Trente, favoriser les inquisiteurs et exécuter sans nulle dissimulation les placards"*. En una sesión del consejo, Guillermo de Orange pronunció unas palabras que son el resumen de la idea moderna de soberanía. Dijo que él, Orange, aunque pertenecía a la religión católica, no podía aceptar que los príncipes gobernaran las almas de los hombres y privasen a éstos de su libertad en materias de fe y religión. Esto es, que, según Guillermo de Orange, la soberanía de los monarcas estaba restringida a las cosas temporales y carnales; el alma de un miserable pescador holandés era tan libre y dueña de sí misma como la de los grandes de la tierra. Este concepto, hoy corriente, era una gran novedad a mediados del siglo XVI. En Alemania se decía: *religión del rey*, *religión del reino*, y Felipe II escribía al papa: "Preferiría perder todos mis es-



Soldados imperiales representados en un medallón, realizado por Juan de Orea, sobre traza de Pedro Machuca, en el palacio de Carlos V en la Alhambra de Granada.



Fernando I de Habsburgo, hermano de Carlos V, a quien éste traspasó los asuntos de Alemania después de la paz de Augsburgo. Este príncipe demostró mayor habilidad para tratar con los protestantes, y durante su reinado se evitó el derramamiento de sangre. (Miniatura del "Libro de Horas", de Fernando I; Biblioteca Nacional de Viena.)



Felipe II, anciano, por Juan Pantoja de la Cruz (Monasterio de El Escorial). El alto sentido que tuvo este rey de la monarquía autoritaria le llevó a chocar con las libertades flamencas, que pronto se doblaron de intransigencia religiosa. Su oponente, Guillermo el Taciturno, lucharía con tanto tesón como él.

tados, y mil vidas si las tuviera, a reinar sobre herejes". Ya se comprende que estos dos conceptos de imposición y tolerancia tenían que entablar una guerra a muerte, y el campo escogido para aquel duelo del espíritu fueron las tierras bajas de Flandes y Holanda, cuyos moradores parecían exentos de pasión y de todo espíritu de rebeldía.

En 1565 el conde de Egmont partió para Madrid, llevando una petición del consejo pidiendo tolerancia. El mensajero regresó

con promesas, encantado de la acogida que le dispensaron así el rey como toda la corte. Pero traía una carta cerrada que, al abrirla él mismo en el consejo, le hizo palidecer, viendo que otra vez se ordenaba la proclamación de los decretos del concilio de Trento en los pueblos y ciudades de los Países Bajos. La única concesión que hacía Felipe II era la de que se proclamasen en su nombre y no en el del papa. Al leer aquel mensaje, el príncipe de Orange hubo de exclamar que era el comienzo de la tragedia. Por algún tiempo los insurgentes —*confederados* como se llamaban— pusieron empeño en hacer constar su fidelidad al monarca que les gobernaba desde España. Al juramentarse hacían voto de ser fieles al rey, aunque resistiendo a la Inquisición. Ya puede imaginarse los desórdenes que resultaban de estas salvedades. Tantas fueron las reuniones secretas para confederarse, tantos fueron los motines y matanzas, tantas las quejas, que el 31 de julio de 1566 Felipe II envió a la regente un despacho diciéndole que estaba dispuesto a suprimir la Inquisición en los Países Bajos y que iba a proponer las medidas necesarias para la pacificación de aquellos estados. La noticia de estas intenciones del monarca no apaciguó las iras del populacho, y en los días del 14 al 17 de agosto las turbas penetraron en las iglesias, destruyeron las imágenes, quemaron los altares... Fue la inevitable "quema" después de un período de reacción. Hasta hace poco se creía que estos desmanes fueron la causa del cambio de las intenciones reales y originaron la represión que ordenó inmediatamente Felipe II. Pero, por desgracia, se ha descubierto en el archivo de Simancas una acta firmada por el rey, el 9 de agosto, en Segovia (antes de los sucesos), en presencia del duque de Alba y de dos notarios, en la que declara Felipe II que el despacho que notificaba intenciones de suprimir la Inquisición en los Países Bajos le había sido arrancado en un momento de debilidad y no se creía obligado a mantener lo que allí ofrecía... Y para continuar la política de represión, Felipe mandó alistar un nuevo ejército en Italia. Esta milicia iría a Flandes con el duque de Alba, primero como capitán general asociado a la regente, y después como regente, con plenos poderes reales.

Al principio nadie adivinó los verdaderos proyectos de Alba y de Felipe II; pero Guillermo de Orange, que tenía espías bien pagados por toda Europa, se enteró del destino que iba a darse al ejército de Italia, y se retiró a Alemania, para poner tierra de por medio. Pronto vio que no se equivocaba. Uno de los primeros actos del duque de Alba fue encarcelar a los condes de Egmont y de Horn, que, junto con Orange, habían mani-

festado simpatías por los revoltosos. Para juzgar a todos los que habían participado en los crímenes de agosto y a los señalados en los *placards*, el duque instituyó en Bruselas un tribunal que se llamó *Consejo de los Tumultos*. Lo formaban doce jueces; pero los que decidían las sentencias eran los dos jueces españoles, los únicos que de hecho votaban: Del Río y Juan de Vargas. Del Río era un infeliz, pero Vargas trataba de justificar su crueldad con silogismos. He aquí una muestra de sus latines: "*Haeretici fraxerunt templa, boni nihil fecerunt contra; ergo debent omnes patibulari*" (los herejes destruyeron los templos, los católicos no lo impidieron; deben todos ir al patíbulo). Con esta doctrina, aplicada al pie de la letra, no se hubiera dejado de colgar a nadie en los Países Bajos. Alba parecía de la misma opinión; al observarle que a veces pagaba el justo por el pecador, respondía: "Tanto mejor; si ha muerto por equivocación, será un mártir e irá directamente a la gloria". Escribiendo al rey, le decía que él no quería hacer como los jueces y los fiscales, que sólo condenan a aquellos cuyos crímenes han sido probados. "El terror es a veces una buena política, pero no hay terror si se puede evadir la pena con la justicia." Alba decía también a Felipe II que si había logrado acabar con hombres de acero, no le sería, ciertamente, difícil acabar con hombres de mantequilla, como eran los flamencos.

Para doblegarlos, el Consejo de los Tumultos, o Tribunal de la Sangre, definió otra vez los crímenes que eran reputados de traición y merecían pena capital. Según el Consejo, bastaba haber tolerado sin resistencia las faltas ajenas para ser tan culpable como los mismos criminales. El discutir tan sólo la legalidad del Tribunal de la Sangre era ya traición... Una delación razonable no necesitaba pruebas. Los acusados eran juzgados en grupos. Las actas del tribunal dan cuenta de juicios contra 95 personas a la vez, 46, 35... Alba escribió a Felipe II que el miércoles de ceniza de 1567 hizo una redada, por la mañana, de mil quinientos, y poco después otra de ochocientos. Todos fueron ahorcados. El hijo del príncipe de Orange, que estudiaba en la universidad de Lovaina, muchacho de trece años que no había podido participar en ningún tumulto, fue secuestrado y enviado a España. Al protestar los profesores de la universidad de la violación de sus privilegios, el juez español Juan de Vargas replicó con otro de sus latines que le han hecho tan famoso como sus sentencias: "*Non curamus privilegia vestros*". La gobernación de Alba en los Países Bajos se ha mencionado siempre entre las manchas de la leyenda negra española. En los capítulos anteriores hemos tratado de hacer justicia a católicos y a protes-



Trompeta del ejército imperial, según acuarela de Vallkenborch (Museo Albertina, Viena).

Guillermo de Orange, el Taciturno, por A. T. Key (Real Museo de Pinturas, La Haya). Calvinista y opuesto a la represión religiosa, el príncipe de Orange capitaneó la oposición al rey de España y luchó por la independencia de su país y la libertad religiosa hasta su muerte.



Mauricio de Nassau, hijo segundo y heredero de Guillermo de Orange, por Michiel Jansz van Miereveld (Rijksmuseum, Amsterdam).



Reverso de un escudo de Borgoña acuñado por Felipe II para su Señorío de Overijssel (Cabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).



tantes. Pero ahora, en descargo del duque de Alba, sólo puede decirse que obraba con sinceridad y creyendo seguir la que creía mejor política para el servicio de Dios y de su rey. Hay en él aquella energía y honradez que hizo grandes a otros virreyes españoles. Alba, por su fidelidad, devoción y desinterés, no es inferior a Antonio de Mendoza, el primer virrey de México, ni a La Gasca, el pacificador del Perú. Sólo que éstos actuaban sobre salvajes, mientras que el inflexible duque de Alba quería imponer la salvación eterna a gentes que se creían ya salvadas.

Además, la casualidad le deparó un contrincante formidable en la persona de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange. Granvela le había motejado con el apodo de *Taciturno*, porque Guillermo de Orange apenas hablaba en el Consejo. Pero cuando convenía para defenderse él o su país, Guillermo era más locuaz que taciturno. Mientras el duque de Alba secuestraba a su hijo, un niño indefenso, y mientras encarcelaba a los condes de Egmont y de Horn, que habían de morir protestando fidelidad al rey de España, el Taciturno redactaba en el

destierro su manifiesto, titulado *Justificación del Príncipe de Orange contra sus calumniadores*. La *Justificación* se publicó en 1568 en diferentes idiomas y circuló profusamente. Pero si bien Guillermo de Orange se mostraba en ella respetuoso con su rey Felipe II y atribuía todos los errores de la gobernación a los consejos de Granvela, simultáneamente se preparaba para la guerra, reclutando un ejército en Alemania.

La primera invasión del Taciturno fue en la primavera del año 1568 y, como no podía menos de suceder, acabó desastrosamente. Los voluntarios y mercenarios de un magnate no podían hacer frente a las tropas de Alba, que tenía a su mando 30.000 infantes y 7.000 soldados de caballería. Pero se ha dicho que el Taciturno nunca era más temible que después de una derrota; esta campaña hizo comprender a amigos y enemigos que estaba decidido a perder vida y hacienda, si era necesario, para conseguir la libertad de su patria. Como prenda de tan noble compromiso, murió entonces peleando Adolfo de Nassau, el más joven y acaso el más querido de los hermanos de Guillermo. Desde aquel momento, éste adoptó su famosa divisa: "*Je maintiendrai*" (yo no cejaré), con que firmaba sus cartas y declaraciones.

En cambio, el duque de Alba escribía en el año 1569 al rey que el príncipe de Orange era hombre perdido, sin influencia ni dinero. Pero él tampoco tenía dinero, pues los ingleses interceptaban los convoyes de oro que se le enviaban de España. Alba no tenía más remedio que procurarse fondos con exorbitantes impuestos, y esto le quitaba la poca popularidad que le dejaba el Tribunal de la Sangre. Hacia el 1570, el Taciturno hacía buenas sus palabras del *Je maintiendrai*. Estaba dispuesto a entrar de nuevo en campaña. Esta vez contaba con un cuerpo auxiliar de guerrilleros de un tipo nuevo: eran los marinos y pescadores de la costa de Holanda, que se habían lanzado a la vida de corsarios. Les llamaban los *pardioseros del mar*, y su grito de guerra era: "Antes turcos que papistas". Este grito recuerda dolorosamente el de los bizantinos: "Antes el turbante del turco que el capelo del cardenal".

En la tierra baja y llena de canales de las



Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, por un pintor anónimo (Galería de los Uffizi, Florencia). Máximo representante de la política de mano dura, creyó poder terminar la lucha en los Países Bajos mediante el empleo a ultranza de la fuerza.

CRONOLOGIA DE LAS GUERRAS DE RELIGION EN LOS PAISES BAJOS

- | | |
|---|--|
| <p>1558-1565 Felipe II reorganiza política y religiosamente los Países Bajos: supresión del papel político de la nobleza, edictos contra los calvinistas.</p> <p>1566 La nobleza y los calvinistas firman el Compromiso de Breda, por el que se oponen al establecimiento del Tribunal de la Inquisición en su país; sublevación popular y saqueo de 400 iglesias en los Países Bajos.</p> <p>1567 El duque de Alba llega a los Países Bajos. Principio de la represión sumarisima e imposición de nuevas contribuciones que arruinan el comercio.</p> <p>1568 Guillermo de Orange, virtual jefe de la rebelión desde 1566, organiza los "Wassergeussen", pescadores calvinistas de Holanda y Frisia, para el saqueo sistemático de los puertos leales a Felipe II.</p> <p>1572 Sublevación de Holanda, Zelanda, Güeldres, Utrecht y Frisia. Fracasa una ofensiva del duque de Alba para dominarla.</p> <p>1573-1576 Luis de Requesens, nuevo gobernador español, intenta una política de amnistía y reconciliación. La rebelión del norte del país se consolida.</p> <p>1576 "Pacificación de Gante" (noviembre). Tras el saqueo de Amberes por los tercios españoles, los católicos del Sur acuerdan, con los rebeldes calvinistas, exigir de Felipe II la retirada de las tro-</p> | <p>pas extranjeras y la unidad de los Países Bajos bajo la autoridad de Guillermo de Orange, el Taciturno.</p> <p>1576-1578 Juan de Austria, primero, y Alejandro Farnesio, después, mediante una política a la vez militar y conciliadora, intentan atraerse al Sur, todavía católico.</p> <p>1579 Unión de Arrás: las provincias de lengua francesa (Artois, Henao, Douai) se comprometen a mantener el catolicismo y la lealtad a Felipe II.</p> <p>1580 Unión de Utrecht: las provincias del Norte (Holanda, Zelanda, Güeldres, Utrecht, Overisel, Frisia y Groninga) se confederan, bajo la dirección del Taciturno, para defender el protestantismo y luchar contra el rey español.</p> <p>1580-1581 El duque de Anjou acaudilla una rebelión en Flandes y Brabante contra Felipe II, paralela al movimiento holandés.</p> <p>1585 Farnesio, en una serie de brillantes campañas, reconquista Flandes y Brabante; se dispone a emprender una ofensiva decisiva contra el Norte, apoyado ahora por Inglaterra.</p> <p>1588 Desastre de la Armada Invencible.</p> <p>1598 Felipe II entrega el gobierno de los Países Bajos, con las plazas de Amberes, Gante, Cambray y Maestricht, a su hija Isabel Clara Eugenia con un régimen de virtual independencia.</p> |
|---|--|

costas holandesas, los *pordioseros del mar* eran enemigos terribles. Como bandada de aves de rapiña caían sobre un galeón español y lo desvalijaban antes de que pudiera apuntar sus cañones. Entraban por los canales y, navegando a través de los pantanos, sorprendían a las guarniciones españolas. Una vez consumado el ataque, desaparecían en los bajos de las lagunas sin dejar rastro. En las llanuras de Flandes y Holanda resultaba poco eficaz la táctica de las partidas de guerrilleros, que han acabado siempre con los grandes ejércitos. En los Países Bajos no había manigua, ni monte, ni barrancas por donde pudieran dispersarse aquéllas. Estas rápidas concentraciones y dispersiones, que eran imposibles por tierra, las realizaron en Holanda los *pordioseros del mar*. Podían reaparecer después de un golpe como pacíficos y honrados pescadores de la costa. Nadie era capaz de identificar su embarcación con la de un corsario.

Con estos extraños aliados luchó el Taciturno contra Alba. Las oportunidades que le daban al de Orange los guerrilleros corsarios obligaron a concentrar toda su atención en las provincias del Norte que después fueron Holanda. Allí tenía posibilidades de triunfar, allí había conseguido ponerse casi al abrigo de los ejércitos de Alba; desde allí podía asimismo recibir auxilio de los protestantes alemanes y de Inglaterra. En cambio, en las provincias del Sur que después formaron lo que es hoy Bélgica, las *partidas* de Guillermo de Orange tenían que luchar solas contra los formidables *tercios* españoles. Cuando Francia estaba en guerra con España, Guillermo podía hostigar a los españoles por la frontera del Sur y hasta entrar en la lucha como aliado de los franceses. Pero la política francesa era demasiado compleja y tortuosa en tiempo de los últimos Valois. En ciertos momentos, los católicos franceses se acercaron a España para intentar destruir con su ayuda a sus enemigos y entonces el de Orange corrió peligro de ser traicionado y tuvo que refugiarse otra vez en Holanda.

Poco a poco, Guillermo de Orange acabó por afianzarse en Delft y sostener desde allí una guerra más bien defensiva, que acabó con los recursos y paciencia de Alba y de los regentes que le sucedieron. Fue una estrategia del *Je maintiendrai*, más que del *yo venceré*. ¡Qué grandeza! ¡Un hombre solo

Los tercios españoles hubieron de batirse contra un pueblo —el holandés— convencido de la justicia de su causa (tapiz de las campañas del archiduque Alberto; Palacio Real, Madrid).





Ejecución de los condes de Egmont y de Horn (grabado de la Biblioteca Nacional de París).

contra un Imperio en el que no se ponía el sol! Hay que reconocer que el Taciturno acaso estaba equivocado, pero creía poder contar con un aliado invencible: "Cuando tomé por mi cuenta la defensa de estos cristianos oprimidos —había dicho—, hice alianza con el más poderoso de los potentados, el Señor Dios de los Ejércitos, que puede salvarnos si le place". Por su parte, Alba daba cuenta al rey Felipe II de la ejecución de todos los habitantes de una población tomada por asalto, diciendo que Dios les había cegado, induciéndoles a resistir, para que así encontraran la muerte. ¡Qué grandeza también en la fe de Alba!

La guerra tuvo episodios gloriosos por ambas partes y también crueldades vergonzosas para las dos. En una ciudad sitiada, las horcas de los sitiadores se levantaban frente a las horcas de los sitiados, y hombre cogido era hombre colgado, y esto rezaba tanto para los de dentro como para los de fuera.

De esta guerra se menciona siempre como detalle pintoresco el sitio de Leyden. Hacia varios meses que duraba el cerco y los de la plaza habían ya llegado al último extremo. El Taciturno aconsejó romper los diques, para que las aguas de la marca alta invadieran el llano y se encargaran de dispersar a los españoles. El proyecto no fue aceptado sin protestas; inundar la tierra equivalía a arruinar campos y granjas, lo que representaba siglos de labor. Pero el de Orange tuvo entonces uno de esos *argumentos* que no son más que *una frase* (o una paradoja), pero que cambian por completo el curso de la Historia. Dijo que valía más una tierra arruinada que una tierra perdida.

Las aguas llegaron hasta los muros de Leyden, y con ellas llegaron también los corsarios holandeses. Los españoles tuvieron que levantar el campo y por la tarde del mismo día entraba Guillermo de Orange, con la fiebre de unas calenturas que había cogido, como tantos otros, al inundarse las

Últimos honores rendidos a los condes de Egmont y de Horn, por L. Gallait (Museo de Bellas Artes, Tournai). Partidarios de la transigencia, hicieron cuanto estuvo en su mano (Egmont incluso se trasladó a España) para resolver los problemas de los Países Bajos. El duque de Alba los encarceló y fueron ejecutados poco después entre viras protestas de fidelidad al rey de España.

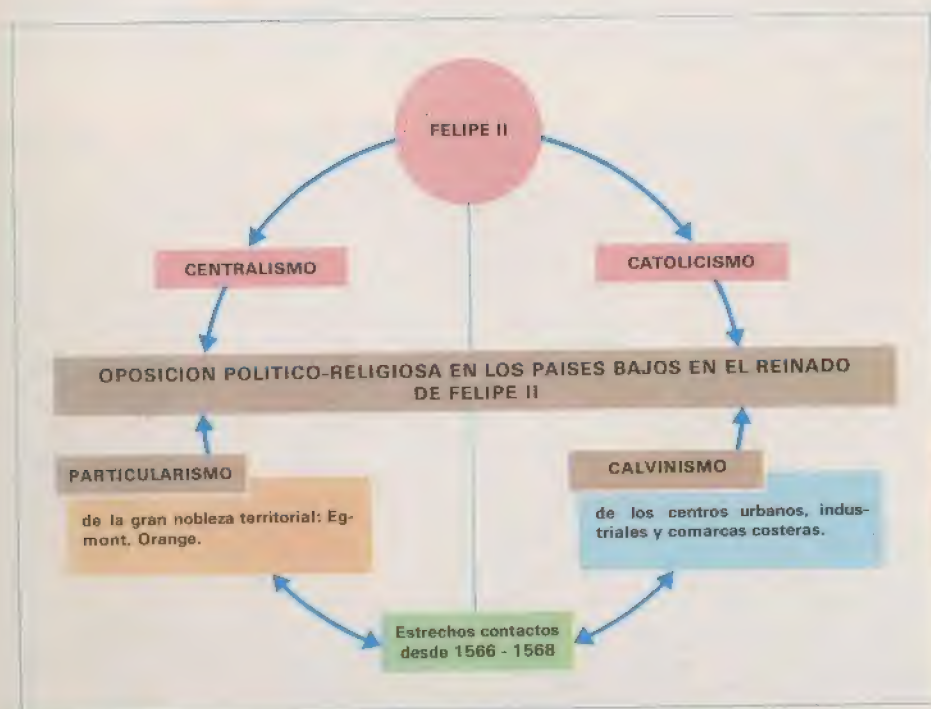


tierras. Típico de aquellos tiempos es el detalle de que aquella misma tarde el Taciturno fundó en Leyden la universidad, que debía ser uno de los grandes centros de cultura de la nueva Europa.

Duele dejar la recia figura del Taciturno sin dar al lector algunos detalles de su vida. El principado de Orange radicaba en el sur de Francia y era sólo el título preferido de la casa de Nassau, porque allí, en los tiem-

pos feudales, habían sido señores independientes; pero, por sucesivos enlaces, los Orange-Nassau habían conseguido condados y propiedades en Flandes y en el Rin que valían mucho más que la vieja ciudad de Orange. El Taciturno no era un misántropo, como hace creer su nombre. Cortejando a la dama que tenía que ser su primera mujer, decía que le haría leer el *Amadís de Gaula* además de la Sagrada Escritura. Casó cuatro veces, lo que prueba que era un temperamento afectuoso; sus cuatro esposas representaban cuatro aspectos de la nobleza de su tiempo. La primera era una Egmont, y su hijo es el que fue secuestrado en Lovaina. La segunda era hija del elector de Sajonia, algo loca, que escapó con el padre del pintor Rubens y murió, encerrada por su familia, en Alemania. De ella tuvo Guillermo un hijo, Mauricio, el que le sucedió en sus estados. Casó después con una princesa de Borbón, hija del duque de Montpensier, que había tomado el velo de religiosa. Había sido abadesa del monasterio benedictino de Jouarre y se exclaustró cuando llegaron a Francia los vientos de la Reforma. La vida del Taciturno, llena de peligros y sinsabores, debió de ser sin duda régimen demasiado fuerte para la ex monja, la cual murió de fatiga cuidando a Guillermo de sus heridas. La cuarta, que sobrevivió a su marido más de cuarenta años, era hija del almirante hugonote Coligny, el que murió en París en la matanza conocida con el nombre de Noche de San Bartolomé.

Guillermo de Orange, el Taciturno, pere-



ció asesinado en su propia casa, el 9 de julio de 1584. Luis de Requesens, el regente que *había sucedido* al duque de Alba en el gobierno de los Países Bajos, había puesto su cabeza a precio por 50.000 florines. Varios intentaron ganar esta suma; el asesino fue un francés, católico exaltado, que creyó hacer un bien a la Iglesia librándola del Taciturno.

Políticamente, el resultado del *Je maintiendrai* fue la creación de los estados de Holanda y Zelanda. España no tuvo otro remedio que transigir en el Norte a fin de conservar las provincias del Sur que forman en nuestros días Bélgica. En Holanda, por algún tiempo, se toleró la soberanía nominal del rey de España, y los descendientes de Guillermo llevaron únicamente el título de *Staatshouder* o lugarteniente.

Espiritualmente, el *Je maintiendrai* representa el triunfo de la libertad de conciencia sobre la intolerancia de la fuerza. Hasta en las provincias que continuaron sujetas al gobierno de los virreyes (como Flandes y



"Comentarios al profeta Isaías", de Benito Arias Montano (Biblioteca Central, Barcelona). Arias Montano fue el teólogo y polígloto enviado por Felipe II a Amberes para que cuidara de la impresión, por Plantin, de una Biblia Poliglota superior a la Complutense.



Estudiantes de la universidad de Leyden en el primer tercio del siglo XVII, por H. van der Burgh (Rijksmuseum, Amsterdam). El mismo día en que Guillermo de Orange y sus "pordioseros" del mar hicieron levantar el sitio a que la tenían sometida los tercios españoles, se fundó esta universidad, que había de ser uno de los centros principales de la cultura de la nueva Europa.



Planisferio de "Theatrum orbis terrarum", del geógrafo flamenco Abraham Ortelius, obra surgida de las prensas de Plantin en Amberes.

Hainaut), España se vio precisada a conceder una libertad que nunca hubieran otorgado Alba y Felipe II. La contienda religiosa entablada en tierras de Flandes obligó a ambas partes a mejorarse con objeto de probar a los contrarios la superioridad de sus doctrinas. En el campo católico, flamencos y españoles hicieron grandes servicios a la cultura. Las prensas de Flandes no cesaron de imprimir textos que aún hoy nos causan asombro. El impresor Plantin, protegido por Felipe II, acometió la gigantesca empresa de una Biblia Poliglota que debía dejar muy atrás a la de Cisneros. Para esta obra, Felipe II envió a Amberes al gran teólogo y poligloto Arias Montano. Plantin, después de la partida de Montano, continuó imprimiendo obras de piedad y de ciencia. En las prensas de Amberes se publicó el tratado de anatomía de Vesalio y la *Geografía* de Ortelius. Pero hasta Plantin estaba contaminado de protestantismo y acabó por trasladarse a Leyden, dejando entonces la imprenta de Amberes a su yerno, mucho más acomodaticio.

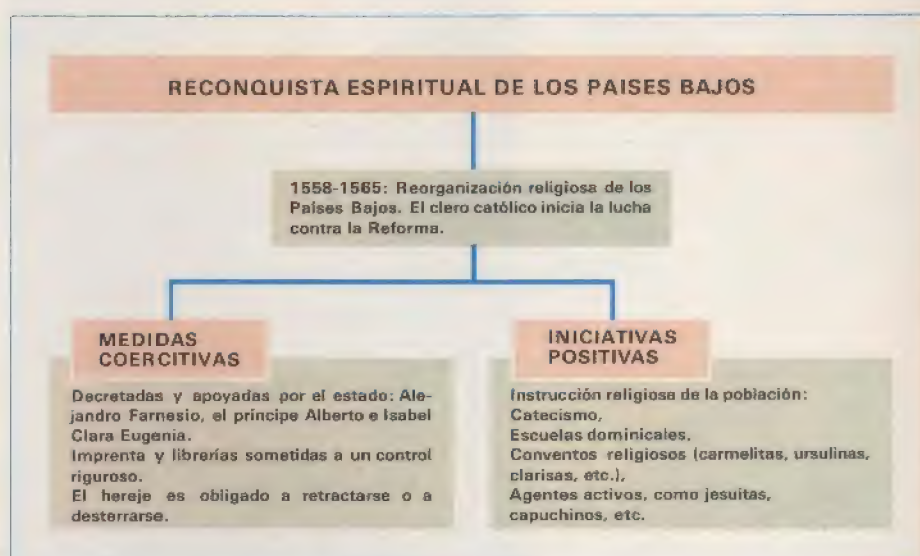
Pasemos ahora al más penoso sector de las guerras de religión, que fue Francia.

Desde el año 1525 Francia empezó a interesarse por la Reforma, y una década después parecía que los franceses iban a quedar definitivamente divididos, como los alemanes, en dos Iglesias, con iguales derechos y poderes. Pero dábanse en Francia varias circunstancias que dificultarían este equilibrio religioso, *interim* más o menos provisional, entre católicos y protestantes. En primer lugar, Francia era un estado monárquico unificado, donde los nobles no tenían la independencia de los príncipes soberanos del Imperio alemán. No cabía en Francia que toda una región en masa se hiciera protestante para seguir la fe del príncipe reformador. La segunda dificultad para la conversión de Francia al protestantismo era que, caso de adoptar la religión reformada, había de ser de la secta calvinista de Ginebra, mucho más radical e intolerante que el luteranismo alemán, que consentía un culto análogo al de los católicos. Los protestantes franceses dependían de Ginebra en cuanto a su doctrina y sus ministros. Consta que desde el año 1555 hasta el 1567 habían salido de la escuela de Calvino, en Ginebra, ciento veinte pastores para ir a predicar en

Francia. Ya hemos dicho que hasta el nombre de hugonotes, que llevaron los protestantes franceses, era probablemente una mala pronunciación del vocablo suizo *eidgenossen*, que significa cofrades, juramentados.

Además, recordemos que en Francia existía una tradición católica nunca interrumpida. La Sorbona era el baluarte irreducible del papado; a los reaccionarios todavía hoy se les llama *ultramontanos*, que era la palabra usada en las universidades italianas para designar a los educados en la universidad de París, para ellos al otro lado de los montes.

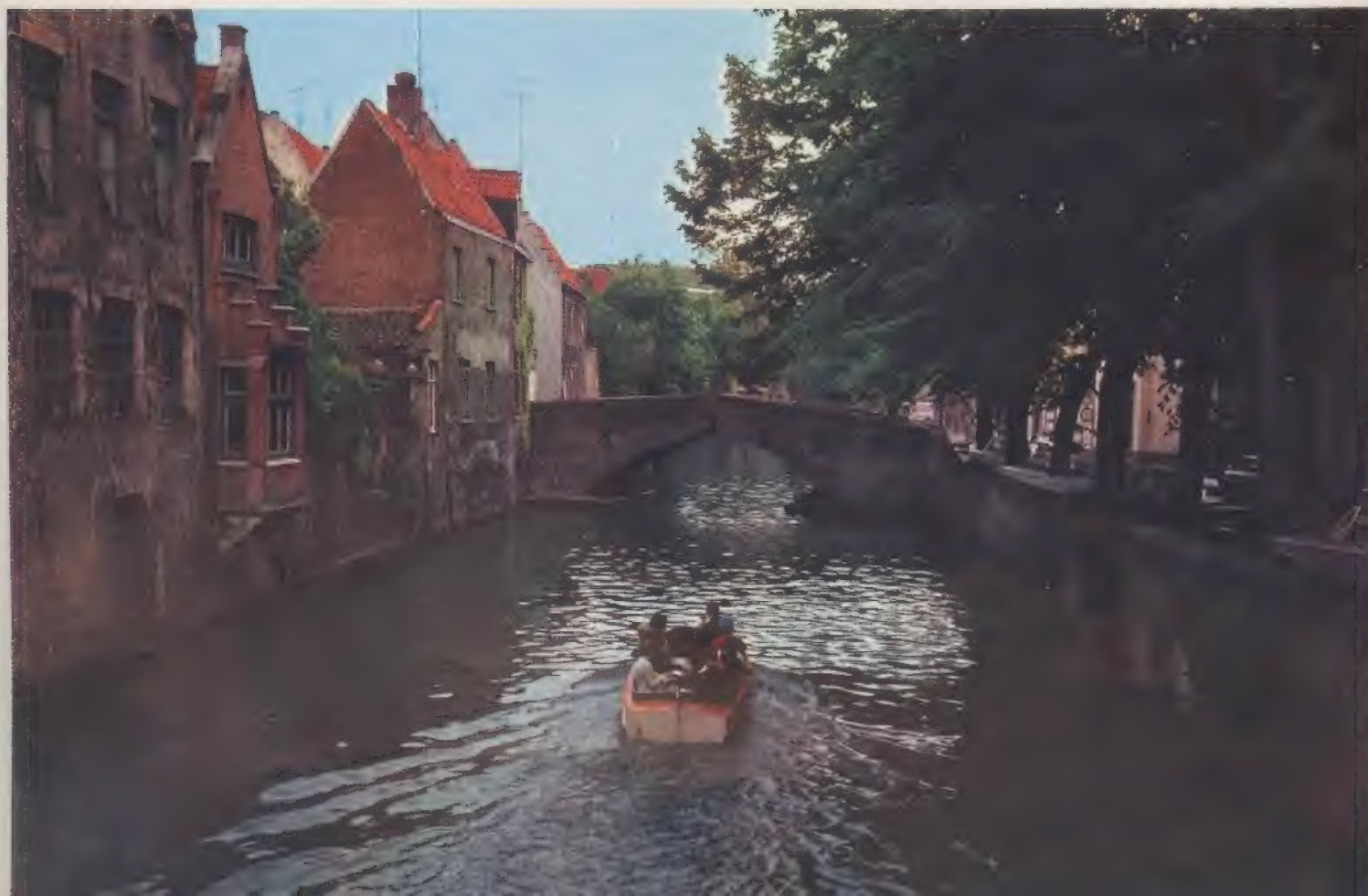
En fin, los jefes hugonotes eran aristócratas de la antigua nobleza, que, acaso inconscientemente, encontraban en el protestantismo una manera de recobrar sus antiguas prerrogativas feudales. Veían al rey entremeterse hasta en sus conciencias, y esto los irritaba tanto como el hecho de imponerles la Inquisición o los decretos del concilio. Por otra parte, las ciudades, sobre todo París, estaban del lado del poder real y como éste, por política y orgullo municipal, eran católicas. La persecución de los protestantes en Francia comenzó ya en tiempo de Francisco I y Enrique II, que eran resueltamente católicos. Pero la represión no fue llevada a extremos de violencia. En 1559 pudo reunirse, nada menos que en París, un sínodo de la *Iglesia nacional francesa*, al que concurrieron representantes de todas las agru-



paciones protestantes de Francia. Allí se discutieron y votaron los artículos de una *Confesión de Fe*, imitada de la de Calvino, y un *Libro de Disciplina*, análogo al de la Iglesia presbiteriana escocesa.

A pesar de sus edictos, hasta el mismo Enrique II y toda la corte manifestaban una peligrosa afición al canto de los salmos, lo cual ponía de manifiesto que las costumbres protestantes estaban invadiendo inconscientemente hasta los más firmes reductos católicos. Mientras tanto, Agrippa d'Aubigné,

Un canal de Brujas. Tras el gobierno de los Países Bajos por Luis de Requesens y Juan de Austria, el de Alejandro Farnesio, más afortunado que sus predecesores, consiguió agrupar alrededor del rey de España las provincias de Artois, Hainaut, Luxemburgo y Namur, y ciudades tan importantes como Lovaina, Malinas y Brujas.



Agrippa d'Aubigné, protestante francés y cantor de las gestas de la Reforma (Museo de Basilea).



que se encontraba refugiado en Ginebra, publicaba la epopeya de la Reforma.

La represión se formalizó a la muerte de Enrique II, por el carácter débil y enfermizo de los últimos Valois. Enrique II había dejado a su viuda italiana, Catalina de Médicis, cuatro hijos degenerados, tres de los cuales reinaron sucesivamente, y murieron todos ellos sin sucesión legítima. Hasta físicamente resultaban anormales; estaban enfermos de cuerpo, y eran de espíritu vano y traicionero. Durante sus reinados, la corte fue el campo de batalla de dos fuerzas encontradas: de una parte, el duque de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena, emparentados con los reyes y partidarios incondicionales de la

EL POETA DE LAS GUERRAS DE RELIGION

Aun haciendo abstracción del nombre ilustre de Clément Marot en la primera mitad del siglo XVI (todavía hay dudas acerca de cuáles fueron realmente sus verdaderas convicciones religiosas), son varios los poetas protestantes de importancia que en la época de las guerras de religión, bien se limitan a reflejar la mentalidad de los hombres de la Reforma francesa, bien ponen su pluma al servicio de la causa hugonote. Entre ellos figura Guillaume de Salluste du Bartas (1544-1590), autor de un largo poema sobre la creación del mundo, *La Semana* (primera parte publicada en 1578), que fue uno de los libros más leídos y admirados de la época, lo que hoy llamaríamos un *best-seller*, ya que conoció más de treinta ediciones en seis años. Otro protestante meridional, vinculado también como Du Bartas a la corte de Juana de Albret, reina de Navarra, fue Jean de Sponde (1557-1595), que representa tendencias más meditativas, íntimamente desgarrado por las trágicas circunstancias de aquellos años, lo que le llevó a abrazar el catolicismo poco antes de su muerte. Pero ninguno de estos poetas puede compararse ni en genio ni en representatividad a Théodore Agrippa d'Aubigné.

D'Aubigné había nacido en Saint-Maury, cerca de Pons-en-Saintonge, en 1552, de una noble familia hugonote, piadosa y culta; el nombre de Agrippa se le impuso como recuerdo del hecho de que al nacer costó la vida a su madre. Recibió una esmerada educación humanística y, según la tradición, a los seis años leía ya en "las cuatro lenguas" (francés, latín, griego y hebreo), pero los tiempos eran poco propicios para el cultivo de las humanidades y las guerras de religión no tardaron en torcer su destino: en 1560, en Amboise, su padre le hizo jurar que vengaría a los condenados a muerte por la conjura de esta ciudad, y en 1562 tenía que huir a Orléans junto con su preceptor, temiendo ser quemado vivo como protestante. En 1566, a

la muerte de su padre se trasladó a Ginebra para completar sus estudios y dos años más tarde se enrolaba en el ejército protestante y tomaba parte en varias batallas (Jarnac, Roche-Abeilles, Pons).

Tras un intermedio sentimental que se sitúa hacia 1570 (amores con Diana Salviati, una joven católica para la que escribirá un volumen de versos, *La primavera*, que permanecería inédito hasta el siglo XIX), en 1572 asistía en París a la matanza de San Bartolomé, a la que escapó milagrosamente, y al año siguiente se unía a Enrique de Navarra, a quien debía acompañar en todas sus empresas a lo largo de quince años. En 1577 fue herido gravemente en un combate y durante su convalecencia empezó a escribir un largo poema sobre las guerras de religión: *Las trágicas*; poco después contraía matrimonio, pero en seguida la guerra le reclama de nuevo: toma parte en la batalla de Coutras y, tras la muerte de Enrique III, que prácticamente eleva al trono de Francia a su amigo Enrique de Navarra, participa en las batallas de Arques y de Ivry y en el sitio de París.

Pero cuando en 1593 ve como Enrique IV, estimando que "París bien vale una misa", abjura del protestantismo, D'Aubigné se retira indignado a sus tierras y rompe definitivamente con el monarca, a quien considera un traidor. Renuncia por el momento a su existencia errante y guerrera y se dedica a pulir su poema, alimentando la esperanza de que la traición de su antiguo amigo no ponga fin a una guerra que para él es sagrada; se opone con todas sus fuerzas a la aplicación del Edicto de Nantes y en 1598 se niega a reconocer el fin de la contienda. Y cuando en 1610 Enrique IV es asesinado, vuelve a la vida activa para defender a sus correligionarios: toma parte en asambleas de la Iglesia reformada, predica el retorno a la violencia y la continuación de la guerra, dando muestras de una fanática intransigencia, y en 1615 acepta ser mariscal de campo del subleva-

do príncipe de Condé. Pero, en 1616, el tratado de Loudun, entre la regente María de Médicis y los jefes protestantes, asegura la paz religiosa. En este mismo año D'Aubigné publica en Saintonge, sin nombre de autor, *Las trágicas*, el poema que ha ido componiendo en el curso de estos años y que ahora tiene por objetivo directo reanimar el fuego de la guerra.

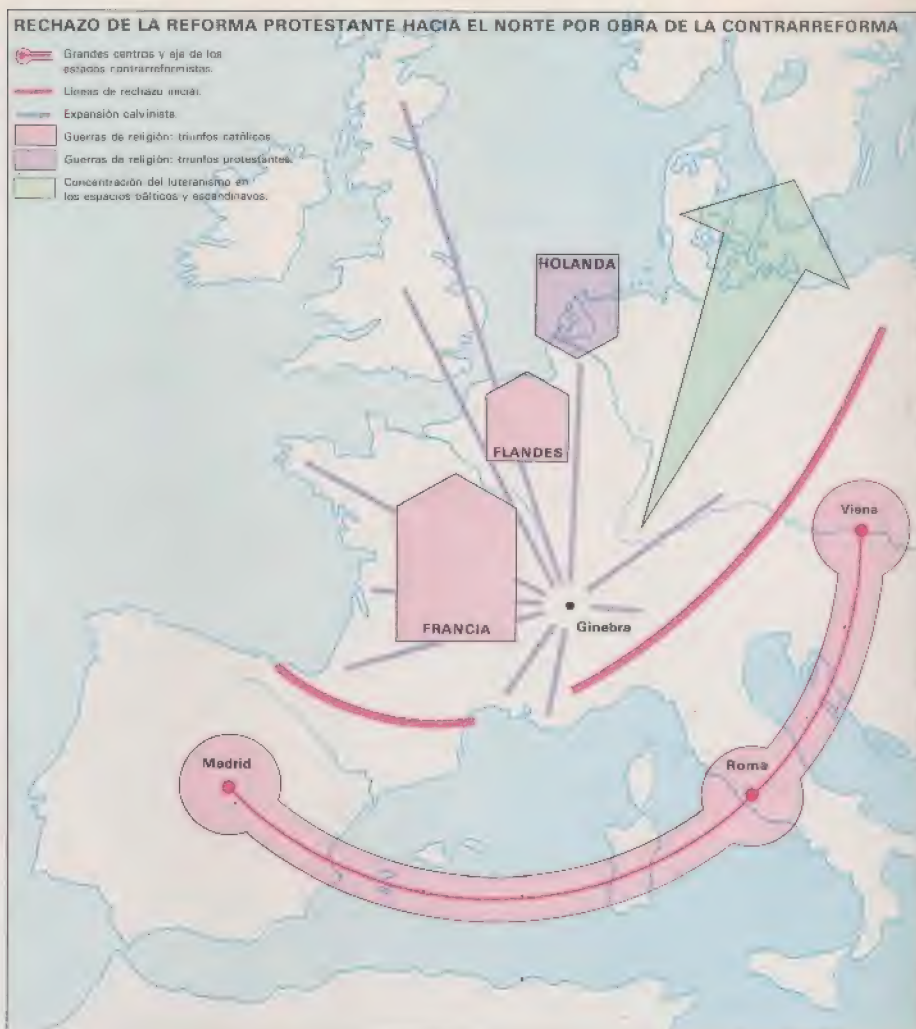
Entre 1616 y 1620 publica su *Historia universal desde 1550 a 1601*, obra de una virulencia que motiva que sea quemada públicamente; D'Aubigné, temiendo represalias, huye a Ginebra (1620); allí es muy bien acogido y se le nombra consejero militar de los cantones suizos. Tras haber contraído un nuevo matrimonio —a los setenta y un años—, muere en Ginebra el 29 de abril de 1630. La descendencia de este férreo hugonote iba a dar grandes sorpresas: su hijo Constant se convertiría al catolicismo, y la hija de Constant, Françoise d'Aubigné, quien aplicaría a la causa católica un fanático entusiasmo semejante al de su abuelo por la causa protestante, debía influir decisivamente en lo que fue el golpe de gracia para la Reforma en Francia: tras haber enviudado del poeta Scarron, Françoise d'Aubigné, con el nombre de Madame de Maintenon, contraería matrimonio morganático con Luis XIV e influiría en el monarca para que revocara el Edicto de Nantes, ocasionando con ello numerosas muertes y vejaciones y la dispersión de los hugonotes por toda Europa.

Las trágicas, verdadera epopeya del calvinismo, es una de las cumbres de la poesía francesa de esta época por su enorme fuerza expresiva, que todavía nos impresiona y nos conmueve al cabo de tantos siglos; es una obra áspera y cruel, donde se dan cita lo épico y lo satírico y que representa admirablemente toda una mentalidad forjada al calor de los convulsos tiempos de las guerras de religión francesas.

C. P.

Iglesia romana; de otra, dos príncipes de la casa real francesa, Antonio de Borbón, rey de Navarra por su matrimonio, y su hermano el príncipe de Condé, los cuales, junto con el almirante Coligny, decididamente hugonote, favorecían a los protestantes. Entre los dos partidos, Catalina de Médicis intentó seguir una política de equilibrio, que ella creyó hábil, pero que acabó arrastrando al país a una terrible guerra civil.

Durante el reinado de Francisco II predominaron los Guisas, que eran tíos de la esposa del rey, María Estuardo, y en 1560 consiguieron la prisión del rey de Navarra y de su hermano, y de no morir de súbito el rey, probablemente hubieran sido ajus-



ticiados. Al comenzar el reinado de Carlos IX, la regente Catalina consideró prudente no extremar las persecuciones, y Borbón y Condé fueron libertados. Convocó los Estados Generales, y allí se pudo apreciar la fuerza de cada bando. El representante de la universidad de París protestó contra las medidas adoptadas para disminuir las rentas de los eclesiásticos y condenó la tolerancia y libertad de cultos. En cambio, los representantes de la nobleza hablaron contra los abusos de los tribunales eclesiásticos y la ava-

Enrique II de Francia, por François Clouet (Galería Pitti, Florencia).

Durante su reinado, la Reforma en Francia realizó algunos avances, como fue la reunión del "Sínodo de la Iglesia nacional francesa", donde se votó una "Confesión de fe" y aceptóse un "Libro de Disciplina". Al mismo tiempo, la política exterior se dirigió contra la casa de Austria, para lo cual se alió con príncipes protestantes alemanes.

CRONOLOGIA DEL PROTESTANTISMO FRANCES EN EL SIGLO XVI

- | | | |
|-----------|---|--|
| 1520 | Gran éxito de los libros de Lutero en Francia. | Agrippa d'Aubigné tiene que huir de París. |
| 1523 | El luteranismo penetra en Burdeos gracias a Farel. | Según datos de Coligny, hay ya unas 2.500 comunidades reformadas en Francia. |
| 1524 | El luteranismo se propaga en Lyon. | 1562-1563 Obras polémicas de Ronsard contra los calvinistas. |
| 1525 | Medidas antiluteranas del Parlamento de París. | 1563 Asesinato del duque de Guisa. Paz de Amboise y fin de la primera guerra de religión. |
| 1526 | Penetración del luteranismo en Montpellier.
El poeta Clément Marot es encarcelado, acusado de herejía. | 1564 Muerte de Calvino. |
| 1527 | Margarita de Angulema, hermana del rey Francisco I, pasa a ser reina de Navarra y convierte su corte en lugar de refugio para sospechosos de herejía (Marot, Calvino, Lefèvre d'Étaples, etc.). | 1567 Comienzo de la segunda guerra de religión. |
| 1528 | Calvino, en Orleáns.
En París se mutilan varias imágenes. | 1568 Paz de Longjumeau y fin de la segunda guerra de religión.
Comienzo de la tercera guerra de religión. |
| 1529 | Ejecución del consejero real Louis de Berquin, traductor de tratados luteranos.
Calvino, en Bourges. | 1569 Asesinato de Condé. |
| 1531 | <i>El espejo del alma pecadora</i> , de Margarita de Navarra, despierta sospechas de herejía. | 1570 Paz de San Germán y fin de la tercera guerra de religión. |
| 1533 | Conversión de Calvino. | 1572 Noche de San Bartolomé y comienzo de la cuarta guerra de religión. |
| 1534 | Pasquines contra la misa en París y Amboise. | 1573 Edicto de Boulogne y fin de la cuarta guerra de religión. |
| 1535 | Calvino, en Basilea. | 1574 Comienzo de la quinta guerra de religión. |
| 1536 | Calvino, en Ginebra; <i>Institución de la religión cristiana</i> . | 1576 Paz de Beaulieu y fin de la quinta guerra de religión. |
| 1538 | Calvino, en Estrasburgo. | 1577 Sexta guerra de religión, paz de Bergerac y edicto de Poitiers. |
| 1541 | Marot traduce <i>Treinta salmos</i> . | 1579 Comienzo de la séptima guerra de religión. |
| 1546 | Calvino, de nuevo en Ginebra.
La persecución diezma la Iglesia de Meaux. | 1580 Paz de Fleix y fin de la séptima guerra. |
| 1547-1550 | En París, una "cámara ardiente" dicta más de quinientas sentencias contra los herejes. | 1581 En la asamblea de Montauban, Enrique de Navarra es nombrado "protector" de todos los reformados franceses. |
| 1548 | Conversión al calvinismo de Teodoro de Bèze. | 1585 Comienzo de la octava guerra de religión. |
| 1555 | Calvino empieza a ocuparse activamente de las comunidades reformadas de Francia. | 1587 Batalla de Coutras. |
| 1559 | En París, primer sínodo nacional de las Iglesias reformadas francesas.
En el edicto de Écouen se ordena ejecutar sin juicio previo a los protestantes rebeldes o prófugos. | 1588 Asesinatos de Enrique el Acuchillado y del cardenal de Guisa. |
| 1560 | Conjuración de Amboise. | 1589 Asesinato del rey Enrique III. Enrique de Navarra se convierte en Enrique IV de Francia. |
| 1561 | Coloquio de Poissy y exposición de la fe reformada por Teodoro de Bèze. | 1590 Batalla de Ivry. |
| 1562 | Se autoriza por vez primera la celebración del culto protestante fuera de las ciudades.
Incidente de Vassy y comienzo de la primera guerra de religión. | 1591 Enrique IV promulga el edicto de Nantes, que concedía la libertad al ejercicio público del culto reformado. |
| | | 1593 Enrique IV abjura del protestantismo y entra en París. |
| | | 1594 Se escribe la <i>Sátira Menipea</i> , libelo que representa la actitud de los "políticos", o conciliadores de tendencia burguesa, frente al extremismo de los católicos de la Liga y de los protestantes. |
| | | 1598 Fin de la octava guerra de religión y pacificación del reino. |

ricia e ignorancia de los ordenados. Tras el fracaso del coloquio de Poissy (1561), Carlos IX ordenó que cesaran las persecuciones religiosas, aunque amonestó a sus súbditos a vivir de una manera católica (edicto de San Germán).

En la corte se continuó cantando salmos y reuniéndose en asambleas de culto calvinista. Coligny llegó a tener, en lugar de un capellán, un pastor protestante, Jean Raymond Merlin, venido de Ginebra. A sus sermones, los palaciegos eran no sólo admitidos, sino hasta invitados.

Los católicos no podían ver estos escarceos religiosos sin irritarse, y empezaron a tomar decididamente el asunto por su cuenta. El 1 de marzo de 1562, el duque de Guisa y su hermano el cardenal, viajando de Joinville a París, hicieron alto, para tomar des-

Las Tres Gracias en el monumento funerario del corazón del rey francés Enrique II, por Germain Pilon (Museo del Louvre, París). Este rey, que comenzó la persecución de los protestantes franceses, pero sin llegar a extremos violentos, experimentó cierto influjo de la Reforma, como se demuestra por permitir el canto de los salmos en su corte. A su muerte, y durante el reinado sucesivo de sus tres hijos, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, las guerras de religión en Francia alcanzaron la máxima virulencia.





canse, en Vassy. Era domingo, y cabalmente en aquel pueblo los protestantes celebraban su culto en un establo. El duque les ordenó que salieran de allí para acudir a la iglesia a oír misa. Los hugonotes le contestaron con gritos de papista e idólatra; la respuesta de los Guisa fue arcabucear a los reunidos, matando a setenta y tres e hiriendo a un centenar. Esta *massacre* de Vassy es el comienzo de las guerras de religión en Francia.

Dada la señal de las violencias, los hugonotes empezaron a quemar iglesias y derribar imágenes de los altares. Es otra vez la *quema* inevitable, con destrucción y escándalo. Calvino, desde Ginebra, acogía a los emigrados y escribía con toda energía para impedir violencias: "Dejad que las reliquias y las imágenes se desacrediten por sí mismas; practicad vosotros la vida evangélica y el verdadero culto cristiano". ¿Pero quién



Estampa francesa del siglo XVI que representa las crueldades que, según los católicos, los hugonotes cometían con ellos (Biblioteca Nacional, París).

El almirante Gaspard de Coligny, jefe de los hugonotes franceses (cuadro de J. A. van Ravesteyn; Rijksmuseum, Amsterdam).



"Massacre de Vassy", según grabado de la Biblioteca Nacional de París, primera de las matanzas de hugonotes llevadas a cabo por la Liga Católica.

BREVE CRONOLOGIA DE LA POLITICA FRANCESA DE 1547 A 1562

- | | | |
|-----------|--|--|
| 1547 | Se inicia el reinado de Enrique II. | brésis pone fin a la guerra con España. |
| 1550 | Enrique interviene en Escocia en favor de María Estuardo. | Los hugonotes abrazan la confesión calvinista. |
| 1552 | Tratado de Chambord: alianza con los príncipes alemanes protestantes, que ceden Metz, Toul y Verdún a Enrique. | Muerte de Enrique II. |
| | Entrada de Montmorency en Metz. | 1559-1560 |
| 1552-1553 | Francisco de Guisa defiende a Metz victoriosamente contra Carlos V. | Francisco II, a la edad de 15 años, sube al trono. |
| 1554 | Liberación de Siena por las tropas francesas. Enrique II derrota a Carlos V en Renty. | 1560 |
| 1556 | La tregua de Vaucelles pone fin a la guerra de Italia. | Conjuración de Amboise: fracasa la tentativa hugonote de capturar al rey. |
| 1559 | El tratado de Cateau-Cambrésis | Muerte de Francisco II. |
| | | 1560-1574 |
| | | Carlos IX y su madre Catalina de Médicis asumen la regencia. |
| | | 1561 |
| | | El coloquio de Poissy entre católicos y hugonotes no conduce a nada. |
| | | 1562 |
| | | El edicto de Saint-Germain concede a los hugonotes la libertad de culto fuera de las ciudades. |

puede convencer al pueblo soliviantado? Se cuenta que, en Orleáns, el príncipe de Condé vio a un hugonote, en lo alto de una iglesia, esforzándose por derribar la estatua de un santo. Condé, apuntando con un arcabuz, amenazó al iconoclasta con disparar si no dejaba en paz al santo de piedra. "Señor, tened paciencia -gritó el hugonote-; dejadme destruir este ídolo y después tirad, si queréis."

Las campañas, como siempre en guerras de religión, fueron cruentas y los asesinatos innumerables. El duque de Guisa fue herido por la espalda por un hugonote el 18 de febrero de 1563 y murió a los pocos días. Su hijo heredó sus cargos y su furor religioso. Las guerras, que mejor podrían calificarse de desórdenes, tumultos y atropellos, continuaron sin piedad por ambas partes. Por fin, en agosto de 1572, el día de san Bartolomé, ocurrió la degollina general de los protestantes en París, que ha quedado como

ejemplo de brutalidad sin paralelo en la historia.

París estaba lleno de hugonotes y católicos que habían asistido al casamiento de Enrique de Borbón, rey de Navarra, con la hija de Catalina y hermana del débil monarca francés. La degollina de la *San Bartolomé* se preparó en la cámara regia y asistieron a la reunión la reina madre y su hijo menor —no el rey— y seis magnates de la corte. Se ha hecho notar, sin embargo, que cuatro de ellos eran italianos, y otro, el duque de Ne-

mours, era el padrastro de los Guisas. Por la noche, a una señal de las campanas de las iglesias, el duque de Guisa penetró en el aposento de Coligny, que estaba herido en cama, le traspasó el cuerpo con una pica y lo tiró por la ventana. Los demás nobles hugonotes que se hallaban alojados en el Louvre fueron también asesinados. A la mañana siguiente, la sangre manchaba las escaleras, los corredores y salones del palacio real.

En el resto de la ciudad, los esbirros de



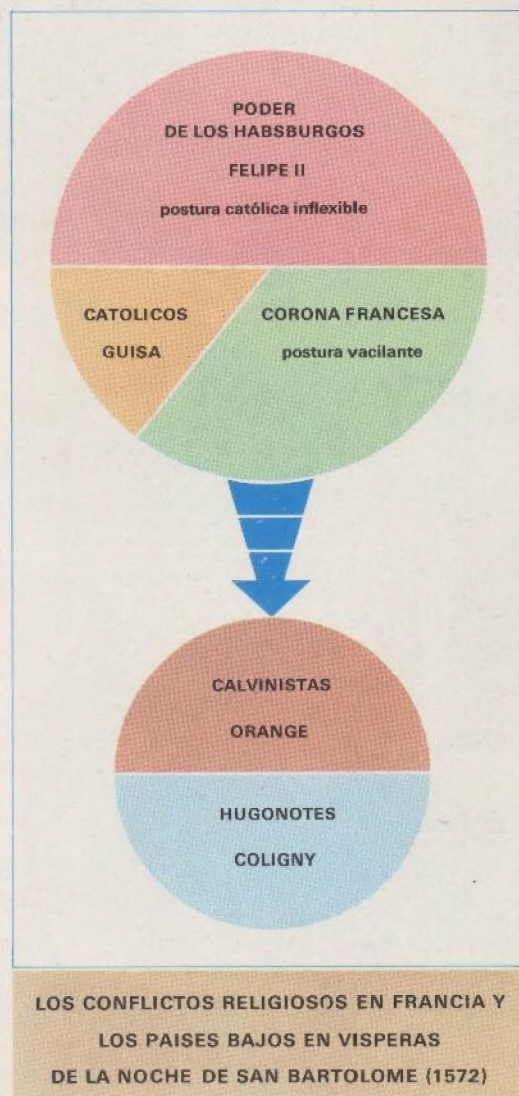
Pierre Viret (grabado de G. Bouttats, Museo de Arte Moderno, sección de grabados, Barcelona), protestante suizo que predicó con éxito en Francia; fue expulsado de allí y se refugió en la corte de Navarra, donde explicó teología hasta su muerte.



El cardenal de Lorena, Catalina de Médicis y el duque de Guisa, los jefes del partido católico francés (grabado de la Biblioteca Nacional de París).



Matanza de protestantes franceses en la noche de San Bartolomé, por F. Dubois (Museo de Bellas Artes, Lausana).



Los contactos entre Coligny y Guillermo de Orange hallan su contrapartida en el acercamiento triple entre el partido católico francés, la corona de Francia y Felipe II.

los Guisas, desmandados, continuaron la matanza. No ha sido posible calcular cuántos hugonotes perecieron aquella noche en París, pero Sully, que fue después ministro de Enrique IV, dice que murieron setenta mil en toda Francia. La degollina se repitió en Orleáns, Troyes, Ruán, Burdeos, Tolosa... La noticia de la *San Bartolomé* no fue recibida con unánime aplauso por los católicos. En Alemania, tanto el emperador como los príncipes católicos dieron muestras de su disgusto. En cambio, en Roma se celebraron festejos populares al tener noticia de la degollina; la curia envió a Francia al cardenal Orsini para felicitar al rey y a Catalina de Médicis. Se acuñaron medallas conmemorativas, una en Roma y dos en Francia. Felipe II escribió a Catalina felicitándola por tener tal hijo y al rey por tener tal madre.

En cambio, Guillermo el Taciturno, que contaba con la ayuda de Coligny y los hugonotes, comunicó la noticia a su hermano diciéndole: "¡Qué golpe de maza ha sido esto para nosotros!".

Después de esta hazaña, los Guisas se creyeron dueños de la situación y formaron una liga para la defensa de la religión católica, pero que tendía a su propio encumbramiento. Como el rey no tenía sucesión, la corona debía recaer necesariamente en su cuñado Enrique de Borbón, rey de Navarra, o tal vez en Enrique de Guisa. El rey, ya valetudinario a pesar de no tener más que treinta y siete años, se llamaba entonces también Enrique; por esto se ha dicho que esta fase de las guerras de religión en Francia fue la guerra de los tres Enriques. El de Guisa se creía tan seguro de la sucesión, que llegó a irritar al rey y sacarle de sus vacilaciones. El último Valois tuvo fuerzas todavía para tramar un complot. Llamó a los Guisas a Blois para celebrar consejo, y allí acudieron el cardenal y su sobrino, que podían imaginarlo todo, menos que Enrique III tuviese energías suficientes para mandarlos matar. Enrique de Guisa fue asesinado en la cámara regia y el cardenal de Lorena, detenido, en la cárcel; sus cadáveres fueron quemados y las cenizas echadas a la corriente del Loira para que no quedase el menor rastro de ellos. Hay que convenir que, en punto a venganzas y homicidios, los últimos Valois no necesitaban maestro. Pero el que a hierro mata, muere de lo mismo: el asesinato de los Guisas ocurrió a últimos de 1588, y poco más tarde, en agosto de 1589, Enrique III de Valois, el último de su raza, moría también asesinado, él a su vez, por un monje que le asestó una puñalada en el bajo vientre.

Muerto ya Enrique de Guisa, no había contrincante para Enrique de Borbón, rey de

Navarra. Había sido educado por una madre calvinista; su padre tuvo simpatías por los hugonotes, pero sin hacerse matar por ellos como Coligny. Era todavía joven, de buena presencia y hacía gala del humor gascón, cualidad que han estimado siempre los franceses. No era, pues, Enrique IV hombre que pensara en darse de cabezadas por intrincadas cuestiones teológicas. Y como la ciudad de París exigía que el rey de Francia fuese católico, Enrique no quiso crear dificultades por escrúpulos religiosos y decidió volver a la obediencia del papa, porque, según la frase famosa, París bien valía una misa. Pero probó su carácter tolerante firmando el edicto de Nantes, en el que concedía la libertad de conciencia a los hugonotes. Este famosísimo edicto disponía además que los protestantes pudieran ejercer cargos públicos. El Parlamento de París debía admitir seis consejeros protestantes. Los predicadores protestantes gozarían de franquicias y estarían exentos del servicio militar, como los clérigos de la Iglesia romana. Se establecieron escuelas de teología protestantes en Saumur, Sedán, Montaubán, etcétera. La fecha del edicto de Nantes es la del 2 de mayo de 1598. Derogado más tarde y vuelto a poner en vigor, el edicto de Nantes es la verdadera *Carta Magna* del liberalismo moderno. Más que tolerarse, se reconocía en él el derecho y casi el deber de que los cultos disidentes tuvieran sus escuelas y participaran con sus divergencias, respetuosa pero dignamente, en los negocios del estado.



Enrique III de Francia preside una ceremonia de la Orden del Espíritu Santo (Biblioteca Nacional, París).



Efectos de la Liga Católica en Francia, según grabado satírico hugonote (Biblioteca Nacional, París).

BIBLIOGRAFIA

Autin, A.	<i>L'échec de la Réforme en France au XVI^e siècle</i> , París, 1917.
Berrueta, M. D.	<i>El gran duque de Alba</i> , Madrid, 1944.
Bost, Ch.	<i>Histoire des protestants de France</i> , Neuilly, 1926.
Collinet, R.	<i>La Réformation en Belgique au XVI^e siècle</i> , Verviers, 1947.
Geyl, P.	<i>The revolt of the Netherlands, 1555-1609</i> , Nueva York, 1958.
Halkin, L. E.	<i>La Réforme en Belgique sous Charles Quint</i> , París, 1957.
Livet, G.	<i>Les guerres de religion</i> , París, 1962.
Van Durme	<i>El cardenal Granvela. Imperio y revolución bajo Carlos V y Felipe II</i> , Barcelona, 1957.
Viénot, J.	<i>Histoire de la Réforme française des origines à l'Edit de Nantes</i> , París, 1926.



Asesinato del duque de Guisa (grabado de la época conservado en la Biblioteca Nacional de París). Sus actos como jefe de la Liga Católica llegaron a incomodar a Enrique III de Francia, que ordenó su asesinato, así como el de su tío, el cardenal de Lorena. El camino quedaba así despejado para que, a la muerte del rey, pudiera sucederle en Francia Enrique IV.